

“El cine como testimonio en el momento de la destrucción de monumentos.  
La propia destrucción del patrimonio cultural cinematográfico”.

### **El cine y su carácter testimonial.-**

Desde el inicio del cine, en 1895, se valoró su capacidad de reproducir la realidad. De hecho fue su primera función, puesto que la de ser vehículo de historias, al modo de cómo lo hace la literatura, no fue posible hasta que pasaron unos cuantos años.

Justo el tiempo que se tardó en crear y descubrir su lenguaje expresivo, su propia gramática y sintaxis, que hicieron posible acabara siendo un medio con el que narrar historias y transmitir sentimientos.

A aquellas primitivas películas se les llamó “documentales”, pues eran documento de lo que filmaban, y “actualidades”, por la relación inmediata con el tiempo de la filmación.

En el comienzo de la imagen fotográfica las gentes valoraron sobremanera ese valor meramente testimonial y de reproducción de lo real que tiene la fotografía y el cine. El cine primitivo sorprendía, ya tan sólo, por su poder de perpetuar de alguna forma las escenas en movimiento que se desarrollaban frente al objetivo.

Los agentes de los hermanos Lumière, recorrieron el mundo fotografiando salidas de obreros de las fábricas, desfiles militares, actos públicos, sencillos ambientes callejeros o escenas familiares. Y todo con la intención de que después, en las proyecciones, la gente se reconociera y se sintiera inmortalizada.

En España también ocurrió lo mismo, y fue en Zaragoza dónde, en 1896, Eduardo Jimeno, padre e hijo, tomaron vistas de la salida de misa de doce del Pilar de Zaragoza, que es la película más antigua filmada en España que se conserva.

Su proyección, al día siguiente de la filmación, fue todo un éxito, al acudir la gente a reconocerse en la pantalla.

\*\*\*\*\*

La intrínseca capacidad del cine para retratar lo que se pone delante del objetivo no sólo se da en los documentales propiamente dichos, que a veces no tienen otra función que el transmitir y recordar lo retratado, si no que ocurre con las localizaciones de las películas

de ficción. Si hoy en día desapareciera el puente de Brooklyn, quedarían de él cientos de testimonios cinematográficos, desde cientos de puntos de vista diferentes. Tantos como películas lo han utilizado como fondo o escenario.

Por otro lado, y pensando en que en esta reunión de “Hispania Nostra” se hablará de las consecuencias de los conflictos bélicos, queremos recordar que el cine, con su capacidad de crear ficciones, siempre ha tenido motivo de inspiración en ellos. A través de esas películas todos estamos concienciados de que las guerras son la causa principal de la destrucción del patrimonio cultural del lugar y del entorno donde transcurren.

Gracias al cine hemos visto cómo ciudades grandes y pequeñas, con sus calles, edificios y monumentos han sido machacados por las bombas, la metralla y los incendios. Y los campos, villas y caseríos calcinados y dejados inservibles para decenas de años; diezmados y humillados.

El cine nos ha mostrado con toda su crudeza, bien en documentales testimoniales, ó bien en reconstrucciones (a veces muy fidedignas), la destrucción de casas, puentes, iglesias, cuadros, objetos artísticos, monumentos y vías de comunicación.

Fueron, otros aragoneses, Ignacio Coyne y Antonio de Padua Tramullas (1), los que dejaron constancia, en 1909, de la guerra con Marruecos, consiguiendo un testimonio inigualable de aquellas luchas, tan cruentas como inútiles, y siendo pioneros de los documentalistas bélicos.

### **El cine como testimonio en el momento de la destrucción del patrimonio cultural.-**

Las guerras llevan como primera y más importante consecuencia la destrucción de vidas humanas. Después, la destrucción de los monumentos y elementos que suponen los signos de identidad del enemigo, objetivo estos que son muy valorados por los estrategas, porque la destrucción de un signo de identidad supone atacar la autoestima del contrincante, destruyendo su moral. Y la destrucción de la moral del enemigo, en una guerra, es una búsqueda premeditada prioritaria.

Encontraremos ejemplos en todas las épocas.

Desde el origen de la humanidad se han arrasado ciudades enteras, bien por los propios defensores en el momento de su huida, para no dejar al enemigo nada útil; ó bien, por los vencedores después de un fuerte asedio con resistencia, para humillarlos.

La consecuencia de todo esto es la destrucción deliberada del patrimonio cultural de unos y otros. Y de resultas de esa destrucción el empobrecimiento general de la cultura del país o pueblo respectivo.

Es entonces cuando las imágenes cinematográficas y fotográficas existentes son el único testimonio fiel de esas obras destruidas, y son de gran valor cuando existen. Pero no siempre se ha tenido la suerte de que una cámara haya pasado por donde posteriormente se ha destruido algo. Hasta 1895 no existía el cine, y antes de 1836, no existían fotografías. Solo a partir de estas fechas podemos encontrar esos valiosos testimonios icónicos.

Consideremos ahora algo que ya apuntamos, el porqué los monumentos valiosos han sufrido tantas pérdidas en conflictos bélicos.

Caspe, por ejemplo, perdió su castillo no sólo por la acción propia de la guerra: el combate, si no por las órdenes de quienes al entrar en la villa reconocieron el bastión desde el que habían sido atacados, ordenando demoler lo poco que quedaba útil.

El pórtico de la Colegiata, en otra contienda, se consideró símbolo de las ideas del enemigo, y, consecuentemente, se mando destruir, sin mediar otras consideraciones y sin que hubiera sido dañado en combate. La película “Libertarias recreó crudamente la quema de objetos religiosos que se realizó en Caspe en su plaza Mayor.

En Zaragoza se tiraron bombas contra el símbolo más aragonés, el Templo del Pilar. Unas bombas sin espoleta, sospechosamente lanzadas por el propio bando que parecía ser atacado, precisamente para culpar de maldad al atacante al atreverse con el símbolo. El valor de un edificio característico, o un objeto artístico, trasciende lo material, y por eso son objetivos primordiales en las guerras.

Lo saben bien quienes destruyeron los Budas de Bamiyan, o las Torres Gemelas de Nueva York.

Las imágenes cinematográficas y las fotografías son en muchos casos lo único que nos queda cuando la guerra ha hecho su efecto destructor.

El poder testimonial de la imagen icónica sirve así para mantener vivas las señas de identidad destruidas, desaparecida su realidad material, y pueden utilizarse, además, como documentación fidedigna en caso de reconstrucción.

Sin las escasas imágenes fotografías de un Caspe entre dos siglos, no conoceríamos nada del castillo-palacio-convento.

Y sin las imágenes testimonio de lo perdido, difícilmente se hubiera mantenido vivo el deseo de restaurar lo poco que queda y de reconstruir parte de lo destruido. Se cumpliría el viejo dicho de “ojos que no ven, corazón que no siente”.

Pero gracias a esas escasas fotografías, y a los también escasos apuntes y cuadritos de un par de pintores, el ciudadano culto en general puede sentir el deseo de que lo que se perdió vuelva a poder alzarse.

Junto al tremendo poder del cine como elemento de propaganda, y como generador de ideología, está el de ser el único testimonio icónico con el que a veces se cuenta de un determinado paisaje, monumento o ciudad destruida.

En la actualidad los actuales regímenes democráticos occidentales, en los que la publicidad y los asesores de imagen son tan importantes, utilizan también el testimonio fotográfico y cinematográfico para difundir sus acciones de gobierno y dejar constancia de sus realizaciones. Hoy todo se fotografía minuciosamente, todo se filma o graba, de todo se hace un seguimiento icónico. De esa forma queda testimonio de todo lo que se hace y del proceso de construcción. Pero no ocurría así en los tiempos en que la imagen era más difícil de obtener y más cara.

Todo esto nos lleva a valorar mucho las imágenes conservadas de pueblos y ciudades, de paisajes y descampados y a reclamar su conservación como bien cultural pues a veces son el único testimonio y recuerdo que de aquellos queda.

### **La propia destrucción del patrimonio cultural cinematográfico.-**

Pero, por otro lado, el cine es en si mismo elemento cultural y las guerras son factores de destrucción de ese patrimonio. El propio soporte cinematográfico, el fotográfico y

actualmente el videográfico y digital, forman parte fundamental del acervo cultural de un país y una sociedad.

Los incendios, los bombardeos, el pillaje, diezman y destruyen en las zonas de guerra los depósitos y almacenes donde se guardan las películas. Lo ocurrido en Afganistán es ejemplo de ello. Y

una reciente película relata la hazaña de nueve trabajadores por conservar los fondos de la filmoteca de Kabul

Las películas son materiales muy sensibles a los cambios de temperatura; son muy frágiles y vulnerables, y son agredidas con facilidad por una serie de factores muy simples, como el polvo y las manipulaciones incorrectas. Los bombardeos, los inevitables traslados de lugar y los imponderables, tan abundantes en los conflictos bélicos, hacen que los materiales cinematográficos, de los que nos alegrábamos tanto poseer como última memoria del patrimonio destruido, sean a su vez destruidos.

De ahí la necesidad de filmotecas dotadas de adecuadas instalaciones para la conservación de los filmes.

Sirvan estas breves palabras para tomar en cuenta la importancia de los archivos cinematográficos (y los bancos de imágenes visuales y auditivas en general) a la hora de hablar de la defensa del patrimonio cultural; y a la hora de evaluar los desastres que las guerras producen en el mismo.

\*\*\*\*\*

ALEJO-RAFAEL LORÉN ROS de la Asociación Española de  
Historiadores del Cine (AEHC)

(1).- Pese a que ninguno de los dos había nacido en Aragón, ambos vivieron y desarrollaron su trabajo y vida familiar en él, donde se enraizaron, por lo que podemos considerarlos como aragoneses.